

BÉDAR SOSTENIBLE

BOLETÍN DE LA AGRUPACIÓN DE ELECTORES LEVANTE SOSTENIBLE DE BÉDAR

AÑO 3. Nº 5 PRIMAVERA 2011



Presentación
por Ana Isabel Rubio

2

Nuestros candidatos

3

**Actuación municipal de Levante Sostenible (2007-2011).
Breve historia**
por Gonzalo Leal Echevarría y Juan Antonio Soler Jódar

6

Preguntas

11

Proyecto de turismo para Bédar
Grupo Sostenible de Bédar

15

Una breve historia de El Pinar de Bédar

Una breve de historia de El Pinar de Bédar

por Juan Antonio Soler Jódar

Los arqueólogos que han estudiado la prehistoria en la cuenca de Vera dan por hecho que los yacimientos de mineral de cobre que se encuentran en El Pinar de Bédar ya fueron explotados por parte de los habitantes de los asentamientos argáricos establecidos en la edad del Bronce, siendo los más cercanos los de Lugarico Viejo y Fuente Bermeja, en la vecina cuenca del Antas-Jauro, si es que no existió alguno que se encontrara incluso más cerca y que todavía esté por descubrir.

También hay autores que consideran que el plomo que también se encuentra en el mismo yacimiento fue explotado por los romanos, actividad que pudo ser continuada tanto en época tardo-romana como musulmana, ya que existen indicios de una actividad minera posterior llevada a cabo por los moriscos en una nombrada «*mina de Bédar*» así como una documentada actividad minera en la zona de Serena desde al menos 1525, aunque no es hasta 1588 cuando disponemos de datos concretos con una autorización a don Pedro de Saavedra para explotación de las minas ubicadas en el conocido entonces como *pago de Alcornia*, mina que era conocida como de *Boduncar*.

La expulsión de los moriscos supuso un fuerte revés para el desarrollo de esta zona y no fue hasta 1613 que se reanudaron los trabajos en las minas de Alcornia por medio de otra autorización de exploración a don Diego de los Reyes, que explotó unas vetas de plomo argentífero muy cercanas a las minas anteriores y cuyo mineral llevaron a lavar y fundir a Bédar, en la que todavía no vivía nadie. En 1615 se agotó el dinero del que disponía para la explotación por lo que tuvo que pedir un préstamo a la Corona, siendo ayudado financieramente en esta ocasión por el inglés Anthony Sherley.

Las primeras referencias conocidas a la utilización del topónimo «Pinar de Bédar» datan del siglo XVI, pero el nombre con el que se conocieron en Bédar estas minas fue el de «Tierra Grande» o «Mina Grande», con el que denominaron los restos de las minas medievales de las que se crearon muchas fábulas e historias fantásticas sobre su origen que perduraron hasta bien entrado el siglo XIX.

Con las vetas más potentes de mineral agotadas, la explotación de estas minas no resultaba rentable por la gran inversión que se requería para lavar el mineral y transportarlo, pues éste se en-

contraba en poca cantidad y muy diseminado. No es hasta el inicio de la fiebre minera de sierra Almagrera, con el descubrimiento del filón de galena argentífera del barranco Jaroso que no se volvieron a explotar las minas de El Pinar, gracias a los precios que alcanzó el plomo y a la cercanía de los nuevos puntos de embarque y fundición del mineral. En 1843 mineros de Bédar empezaron a explotar de nuevo, por su cuenta, los minerales de plomo, que transportaban con mulas a las fundiciones de la costa. Las fundiciones de plomo proliferaron en gran número en esta época gracias a los beneficios obtenidos de los minerales de Almagrera, llegándose a construir una de ellas en el Pinar de Bédar en 1845, conocida como fundición Carmen y que integró en sus instalaciones una explotación minera y sistemas modernos de lavado de mineral. Pero como ocurriría con muchas de las fundiciones construidas en este periodo, ésta no duró mucho tiempo, al no ser el beneficio obtenido suficiente para compensar los gastos de mantenimiento y sobre todo para la compra y transporte del combustible necesario: el *coke* de origen inglés.

Pero el laboreo por medios artesanales sí que resultaba rentable y continuó proliferando, convirtiéndose en una de las actividades más rentables para la gente del pueblo, pues se complementaba perfectamente con las tareas agrícolas y permitió que el municipio se desarrollara y aumentara su población. Pero ocurrió algo que cambió radicalmente el discurrir de los acontecimientos: en 1847-1848 la bajada de precios del plomo y la crisis creada por las dificultades para desaguar las minas de Almagrera obligó a muchas empresas y fundidores a buscar mineral en otros lugares para mantener en funcionamiento sus fábricas, por lo que no tardaron en fijarse en las minas de El Pinar, bastante cercanas a la costa. De esta manera desembarcaron en Bédar algunas de las principales compañías españolas que operaban en Almagrera, especialmente las pertenecientes a los Orozco, Heredia y posteriormente Huelin, que no tardaron en hacerse con las mejores minas.

El trabajo en las minas no podía ser más sencillo y a la vez más peligroso. Cada minero trabajaba según le parecía dentro de las minas de su compañía, sin ingeniero alguno que les guiase y extrañan y preparaban un concentrado de mineral menudo mediante la utilización de garbillos, aparatos ma-



Vista parcial del Pinar de Bédar en junio de 1911.
(Fotografía cortesía de Encarnación Contreras Martínez)

nuales de concentración que no precisaban de agua. Estos mineros ganaban de acuerdo al mineral que conseguían, por lo que muchas veces se arriesgaban demasiado, bajando a galerías poco seguras con tal de conseguir un poco más de mineral. Este mineral se guardaba en cortijos-almacén y cada compañía disponía del suyo, debidamente vigilado por un guarda día y noche para salvaguardar la valiosa mercancía hasta que acababa la *varada*, o periodo de tiempo de explotación de varios meses, siguiendo los ritmos de Almagrera. Al final de cada *varada* el mineral se transportaba mediante recuas de burras o mulas a los mercados de la costa, donde lo compraban los fundidores. Estas recuas podían llegar a superar fácilmente las 200 mulas y había en Bédar personas especializadas en realizar estos transportes.

No fue una época fácil. A los enfrentamientos entre las diferentes compañías por las mejores minas, se añadía el enfado de los ciudadanos más pudientes de Bédar, que veían con disgusto cómo las grandes compañías conseguían pingües beneficios de unas minas que consideraban suyas. El descontento fue arraigándose entre los bedarenses, alentado por algunos propietarios acaudalados interesados en las minas. La llegada de mineros especializados que venían con estas nuevas compañías, pudo haber creado malestar entre los trabajadores de Bédar que temían por su trabajo, sin olvidar la inseguridad con la que tenían que trabajar, dándose el caso de algún accidente mortal que

no ayudó a mejorar la situación. Finalmente este polvorín estalló, y en 1850 unos 200 vecinos de Bédar, armados y capitaneados por el alcalde, ocuparon por la fuerza las minas de El Pinar, tomando posesión de ellas y de los almacenes, y repartiéndoselas. El motín fue de tal gravedad y causó tanta alarma entre las empresas mineras de la zona que requirió la participación del Gobernador de Almería para restituir las propiedades a sus legítimos dueños.

Tras este lamentable incidente, el trabajo de las minas continuó como antes, de manera que en 1872 casi toda la población masculina en edad de trabajar en Bédar (con más de 2.000 habitantes en esos entonces) estaba empleada en estas minas, alternando este trabajo con los de recolección en el campo, al igual que ocurría en la vecina Sierra de Almagrera. En 1873, lo menudo del mineral requería ya del lavado en cribas y en 1874 los informes existentes indican la existencia de una gran cantidad de tierras plomíferas procedentes de las diferentes minas, que sólo podían ser beneficiadas si se contaba con el agua suficiente para su lavado.

Las pequeñas compañías que operaban en Bédar no pudieron afrontar la inversión necesaria para mantener la producción de plomo durante la crisis que vivió el mercado del plomo de los años setenta, abandonando la producción en 1878. Pero la explotación no cesó ya que las minas fueron arrendadas por el ingeniero español Luis Figuera y Silvela, con la intención de que pasaran en un futuro a formar parte de la francesa *Compañía de Águilas*,

pensada para controlar el mercado del plomo en el sureste español.

Las intenciones de esta empresa eran la de aprovechar la escasa cantidad de plomo que contenían las terreras y minas de El Pinar mediante instalación de modernas estaciones de lavado y, de esta manera, obtener un beneficio de unas minas que ya se consideraban prácticamente agotadas y, por lo tanto, sin interés para la mayoría de explotadores. Este ambicioso plan ya había empezado a gestarse al menos desde 1873, pues en esta fecha ya se había practicado en El Pinar un pozo vertical de 100 metros para la extracción y de agua (el actual pozo *Bomba* ubicado en la plaza central de la urbanización) mientras se estaba preparando la instalación de la máquina de vapor que practicaría el desagüe para alimentar los sistemas de lavado que estaban previsto montar.

Estos planes se materializaron entre 1875 y 1881, periodo en la que la Compañía compra finalmente todas las minas de El Pinar, unificando todo el coto minero. En 1882 el enorme lavadero mecánico sistema Humboldt o *Lavadero Grande* estaba ya instalado y en funcionamiento, habiendo costado la mareante cifra de doce millones y medio de reales de la época. Pero la inversión no paró

ahí, también se construyó otro lavadero en Reforma, más pequeño pero también parcialmente mecanizado, además toda una serie de construcciones auxiliares, vías mineras, máquinas de vapor para los pozos de extracción y hasta un malacate para el acceso a las labores. No faltaron las casas para los mineros, casas-dirección para los jefes e ingenieros y los imprescindibles talleres, carpinterías y herrerías, que en su conjunto constituyeron el germen del actual poblado de El Pinar.

Ambos lavaderos mecanizados estuvieron funcionando hasta 1884, pero la crisis de 1885 paralizó los trabajos y la Compañía de Águilas decidió dismantelarlos y centrarse en la explotación de hierro, seguramente para no desperdiciar por completo la enorme inversión efectuada en esas instalaciones. El poblado de El Pinar de Bédar subsistiría, en efecto, como centro neurálgico de operaciones de la Compañía para la explotación de las minas de hierro, principalmente las de Serena, para lo cual instaló en 1888 un cable aéreo que, pasando por El Pinar procedente de Serena, se dirigía hasta Garrucha para la carga del mineral de hierro en los vapores que lo exportaban hasta Inglaterra, Holanda y Estados Unidos.

Durante esta nueva época el Pinar de Bédar



Barrio Alto de El Pinar de Bédar alrededor del año 1910. Se observan las viviendas características de bloques alargados de un solo piso y cómo el barrio era cruzado por el cable aéreo que venía desde la estación de carga de Serena.

(Fotografía cortesía de Encarnación Contreras)



"Hermoso y culto". Acto de examen de niños. El Pinar, 31 de mayo de 1908.
(Fotografía cortesía de Encarnación Contreras Martínez)

alcanzó su máximo esplendor como población minera. Donde en 1870 sólo se encontraba como única construcción apreciable el almacén grande o cortijo-almacén de los Orozco (ubicado aproximadamente donde se encuentra ahora la fundición en ruinas en el centro de la urbanización) a principios de siglo XX nos encontramos con un poblado minero completamente desarrollado. Las casas de los mineros estaban organizadas en barrios: el Alto, el Medio y el Bajo, además del barrio de la Reforma, formados por casas alargadas características. Mientras que las chimeneas de las máquinas de vapor del Desagüe vomitaban humo negro, las canastas de mineral de hierro procedentes de Serena cruzaban por encima de las casas hasta la Estación de Ángulo de El Pinar, donde el cable giraba hacia Garrucha y donde un motor de vapor de 30 HP ayudaba a mover el cable. Se construyó un colegio y un hospital para los mineros, y no faltaban talleres, carpinterías y otras instalaciones relacionadas con las tareas mineras. Los conflictos sindicales que empezaron a florecer a finales de siglo y que llegaron a un máximo a principios del siglo XX,

obligaron a instalar también un cuartel de la Guardia Civil que llegó a contar con 15 agentes.

La prosperidad del poblado durante los años dorados de las minas de hierro contrastaba con la miseria en la que vivían los centenares de trabajadores de las minas de plomo, que malvivían en pequeñas cuevas cerca de las minas. En efecto, la Compañía de Águilas arrendó las minas de plomo a pequeños mineros autónomos, a los que vendía el agua que necesitaban para las operaciones de lavado, que efectuaban mediante rudimentarios lavaderos artesanales. Los arrendatarios dedicaban la mayor parte del tiempo al lavado y relavado de los depósitos de material para extraer el poco plomo que quedaba, a base de triturar y lavar una y otra vez el mineral hasta conseguir un concentrado de plomo y/o cobre lo suficientemente rico para venderlo a la Compañía. El trabajo era duro y el beneficio muy escaso, a duras penas daba para cubrir los gastos, lo que obligaba a trabajar de sol a sol y a emplear en las diferentes labores tanto a adultos como a niños, que realizaban tareas tan penosas como el machacado del mineral con grandes palas o la extrac-

ción de la galena y el cobre de las estrechas y peli-
grosas galerías. En 1891 se contabilizaban 243 de
estos trabajadores y en 1909 todavía había más de
100 explotaciones que se dedicaban al lavado de mi-
nerales de plomo y cobre. Parece ser que la Compañía
se reservó algunas minas que todavía guardaban
algo de riqueza en mineral, concretamente el pozo
Envidia y *Los Madriles*, en los que trabajaron mine-
ros a jornal y cuyos minerales de cobre y plomo fue-
ron lavados en unas instalaciones construidas al efecto
y dotadas de una balsa de lavado donde actualmente
se ubica el bar de la urbanización.

La parálisis de la minería que provocó la Prime-
ra Guerra Mundial causó una tremenda hambruna
en Bédar, 950 mineros quedaron en paro y muchos
de ellos se vieron forzados a emigrar. En esos en-
tonces había personas que vivían como mendigos en
las cuevas en El Pinar; algunas familias no contaban
más que con una escasa cantidad de harina de maíz
al día para todos, y se daban casos de gente que
moría literalmente de hambre.

El final de la contienda supuso una mejoría: las
minas reabrieron y, gracias a la creación de la Unión
Bedareña y a la apertura de minas como la de Po-
breza, se pudo mantener algunos años más una plan-
tilla de mineros de unos 500 trabajadores; mientras,
los partidarios de las minas de plomo continuaron

con sus tareas rutinarias de lavado, aunque en me-
nor cantidad que antes.

En 1926, cuando cerraron definitivamente las mi-
nas, sólo trabajaban en El Pinar algo más de 60 par-
tidarios; la emigración que siguió al cierre se cebó
especialmente en el antiguo poblado minero, aunque
persistió una pequeña población. Entre 1958 y 1961
la empresa *Tratamientos Metálicos, SA*, estuvo tra-
bajando en El Pinar, empleando a 40-50 operarios,
ocupados en recoger muestras de mineral y rehabi-
litar antiguas galerías, pero nunca llegaron a extraer
mineral de forma comercial. Cuando en 1961 esta
empresa abandonó los trabajos en El Pinar ya solo
vivía una persona en la única casa que no estaba
completamente en ruinas: el vigilante Manuel «*El
Piedra*». En 1975-1976, un estudio realizado por el
Ministerio de Industria concluía definitivamente que
las minas estaban casi completamente agotadas y
que era inviable su explotación.

Tras el desmantelamiento de las minas, el terre-
no fue adquirido por Juan Collado Campoy y su her-
mano Hilario Casimiro, que vendieron posteriormen-
te el mismo a Antonio Carrillo Flores, que fue alcal-
de de Mojácar en la Postguerra y que, a su vez,
vendió estos a John Polansky. La historia de El Pi-
nar de Bédar desde entonces es bien conocida por
todos.



Fotografía realizada en El Pinar de Bédar en 1910. De izquierda a derecha tenemos a Alfredo Dörn, Ingeniero jefe de la *Compañía de Águilas*; doña Teresa (esposa del ingeniero Ovidio Fernández); doña Amalia (esposa de Alfredo Dörn); la hermana de doña Teresa y un joven Antonio Bolea. (Fotografía cortesía de Encarnación Contreras Martínez)